



R
98

R
9/198

NO SE PRESTA

**LECTURA EN
SALA**

T. 232.668

MI SECRETARIO Y YO.

COMEDIA EN UN ACTO

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

SEGUNDA EDICION.



**Gobierno
de La Rioja**

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Junio de 1844.

12.223.292

PERSONAS.

ACTORES.

LA CONDESA.	<i>Doña Matilde Díez.</i>
DON FABRICIO.	<i>Don Julian Romea.</i>
QUITERIA.	<i>Doña Gerónima Llorente.</i>
DON EUGENIO.	<i>Don Florencio Romea.</i>

La escena es en una quinta á las inmediaciones de Madrid. Sala baja con puerta en el foro que da á un pasillo en cuya pared frontera hay una verja que conduce á un jardín. Habrá un piano y una mesa con escribanía. Es de noche.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1857, y la de 16 de Abril de 1859, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA. QUITERIA.

Quiteria. Digo que aqui se pasa
muy mal. Si está resuelta
la venta de la casa,
¿por qué no damos á Madrid la vuelta?
Ya empieza á ser muy cruda
la estacion, y por cierto
que una condesa viuda
no está bien en este árido desierto.
Viudita que aun no peina
los veinticinco Mayos,
no cual merece reina
reducida su corte á los lacayos.
Y á mí tambien, señora,
aunque quizá descubre
mi frente pecadora
que perdido mi Abril llegó mi Octubre,
á mí tambien me gusta
el mundo y su bullicio.
La soledad me asusta.
La vida sin Madrid es un suplicio;
que si de otros placeres
priva la suerte airada
á las pobres mugeres
que lloran su hermosura jubilada,
alli hay feria y bureo,
y ruido y tremolina,
y circo y coliseo,
y *Polvos de la madre Celestina.*

Condesa. Pronto será, lo espero,
de otro dueño esta hacienda;
pronto la haré dinero,
ya que al fin es forzoso que la venda;
que el señor don Fabricio,

aunque hombre de bufete,
 por hacerme un servicio
 cuanto por ella pido me promete.
 Dará en oro el importe,
 y mañana temprano
 vendrá desde la corte
 á estender la escritura un escribano.

Quiteria. ¡Vea usted un millonario
 que peca de modesto,
 y cualquier perdulario
 si medra tanto así se hace indigesto!
 Ni le deslumbra el lujo,
 ni el oro le envanece,
 y aunque es algo cartujo,
 ¡tiene un alma tan noble...

Condesa. Asi parece.
 Si deshacerme siento
 de una quinta tan bella,
 á fé, no me arrepiento
 del hospedage que le doy en ella.

Quiteria. ¿Cierto? Pues, á mi juicio,
 ó me engaña la pinta,
 ó el señor don Fabricio...

Condesa. ¿Qué?

Quiteria. Gusta mas de usted que de la quinta.

Condesa. Tal vez... por un capricho...

Mas no me ha dicho nada.

Quiteria. Su lengua nó lo ha dicho,
 pero ¡suele hablar tanto una mirada!

Condesa. No entiendo yo el dialecto
 de los ojos.

Quiteria. Lo dudo.

Condesa. Ni me hacen mucho efecto
 los guiños de un amante sordomudo.

Quiteria. ¿Cómo quiere usted que hable,
 si teme? Asi son todos.
 Mírele usted afable

y hablará el pobrecito... ¡por los codos!

Condesa. O no prendió de recio
 esa amorosa llama,
 y es amante muy necio
 quien no arrostra el desvio de su dama.

Quiteria. Preámbulos á un lado.

El ama con delirio ,
y á mí me ha confesado
que es usted la ocasion de su martirio.

Condesa. ¿De veras?

Quiteria. (Y no digo
que me ha dado una onza ,
y á servirle me obligo ,
y mas lista andaré que una peonza.)
¿Qué veo ! ¿Cómo ahora
se queda usted suspensa ?
¡ Buen ánimo , señora !
Tanto amor bien merece recompensa .

Condesa. Mas...

Quiteria. Ya en ese semblante
leo yo , buena alhaja ,
que no es el comerciante
á los ojos de usted saco de paja .

Condesa. Tiene gentil presencia .

Quiteria. ¡ Oh... !

Condesa. No me desagrada .

Quiteria. ¡ Famosa conveniencia !

Condesa. Cierto . — Y mi casa está muy atrasada . —
Pero mi ilustre cuna...

Quiteria. ¡ Ay , ay... ! Los pergaminos
sin bienes de fortuna
no valen en el día dos cominos .

Condesa. Lo pensaré , Quiteria .
¿ Ha de ser puñalada
de picaro ? ¿ Es materia
que debo consultar con la almohada !
Primero es que el adusto
silencio ese hombre venza .

Quiteria. Le vencerá...

Condesa. No es justo
que yo vaya á quitarle la vergüenza .

Quiteria. ¿ Pero usted me promete ,
si es cierto como creo
que él...

Condesa. Voy al gabinete ,
Quiteria , que tengo hoy mucho correo .
(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

QUITERIA.

¡Estrúpulos todavía
 cuando la idolatra un joven
 millonario como Creso
 y gallardo como Adonis!
 ¡Oh juventud, juventud
 temeraria! ¡No conoces
 que las horas tienen alas,
 y las peregrinas dotes
 de hermosura y gentileza
 se agostan como las flores!
 Dígalo yo, que perdí
 mas de cuatro proporciones
 en mis años juveniles,
 ¡que en paz descansen! , y hoy, ¡pobre
 de mí!, ningun desdichado
 me pide para consorte.
 ¡Ay! el último requiebro
 que oí fue en Alba de Tormes
 en el año del Señor
 mil ochocientos catorce.
 Á la madre de la actual
 condesa servia entonces,
 y no creí que durante
 dos largas generaciones
 ¡me habría de resignar
 a ser doncella *in utroque*!
 Pero no desconfiemos.
 Tengo bien provisto el cofre,
 y amén de algunas alhajas,
 como sortijas, relojes
 y demas, en un bolsillo
 guardo trescientos doblones.
 Si don Fabricio se casa
 con mi ama, está en el orden
 que ambos me den en albricias
 un razonable alboroque,
 y aumentando de esta suerte
 mi trapillo, cuando consto
 que, si enamorarle no,

puedo mantener á un hombre,
 no ha de faltarme un jayán
 que cargue con mis jamones.
 Yo me quitaré la máscara
 y haré que en letra de molde
 saque el diario de avisos
 este anuncio á los lectores :
 «Doña Quiteria Carranque,
 soltera, de estado noble,
 de edad provecta y salud
 á prueba de sabañones,
 ofrece su blanca mano
 y dos mil duros de dote
 á quien mejor le parezca
 entre sus licitadores.
 Tiene personas de crédito
 que darán buenos informes,
 y en la calle del Barquillo,
 casa de Tócame-Roque,
 estará de manifiesto
 el pliego de condiciones.»

ESCENA III.

QUITERIA. DON FABRICIO.

D. Fab. Quiteria, impaciente salgo
 á ver si alguna noticia
 me da usted... ¿Está propicia
 la amable condesa? ¿Hay algo?

Quiteria. Ya la hablé...

D. Fab. ¿De mi negocio?
 ¿Puedo ya cautar victoria?
 ¿Puedo aspirar á la gloria
 de que me llame su socio?

Quiteria. ¡Despacio y la voz mas baja!
 Ya sabe que usted la adora...

D. Fab. Sí, señora; ¡oh! sí, señora;
 mas que á mi libro de caja.
 ¿Y qué ha dicho la condesa?
 ¿Me vitupera, ó me ensalza?
 ¿Están mis fondos en alza,
 ó se malogra la empresa?

Quiteria. Lo oyó con cara de risa.

D. Fab. Ya; si; con risa burlona.

Me desprecia, me abandona,
me pierde, ¡me decomisa!

Quiteria. No; con risa de alegría.

D. Fab. ¿De veras! ¡Oh Dios...!

Quiteria. No miento.

D. Fab. Ya valgo un veinte por ciento
mas de lo que ayer valía.

Quiteria. Ahora falta que de hinojos,
si no lo tiene por mengua,
confirme usted con la lengua
lo que la han dicho los ojos.

D. Fab. ¡Es tanto lo que me cuesta...

Quiteria. De ese silencio se pica.

D. Fab. Pero...

Quiteria. Y si usted no se esplica
se quedará sin respuesta.

D. Fab. ¿Y qué hago yo? ¿Qué la digo?

Soy yo muy torpe; es muy bella.

Quiteria. ¡Eh! ¡Tan cazarro con ella
y tan parlanchin conmigo!

D. Fab. ¿Qué quiere usted! Sobre un tercio
de bacalao truchuela

me envió á Madrid mi abuela
aplicándome al comercio.

Contento yo con mi noble
profesion y mi retiro,

tomé lecciones de giro,

cursé la partida doble,

dejé mi sueldo á interes,

pasé desde el mostrador

á la caja, y tenedor

de libros me vi despues;

y, á fé, cuando vara á vara

media percal ó gró

no esperaba llegar yo

ni á tenedor ni á cuchara.

Giré luego de mi cuenta,

gané suma sobre suma

y creció como la espuma

con mi crédito mi renta.

Acierto en cuanto calculo,

y hoy compraria á Bilbao
 el que adjunto al bacalao
 vino terciado en un mulo.
 Cinco y dos, siete; y tres, diez;
 quito nueve, uno me resta:
 toda mi doctrina es esta;
 sépalo usted de una vez.

No me ocurre el pensamiento
 de tenerme por borrico,
 que quien sabe hacerse rico
 tiene sobrado talento;
 pero en punto al diccionario
 de caballero galante,
 soy un necio, un ignorante;
 no sé ni el abecedario.

No se habla á dama gentil,
 llevando en el pecho un dardo,
 como se maneja un fardo
 de cacao Guayaquil.

Yo, tan valiente en el banco,
 tan temerario en la lonja,
 tímido como una monja
 viendo á esa muger me atranco;
 ¡y diera por su conquista,
 sin exigir el recibo,
 un millon en efectivo
 y otro en letras á la vista!

¿Declararla mi pasion
 cara á cara? ¡Oh! no haré tal.

No tengo yo capital
 para esa especulacion;
 que ante sus ojos divinos
 me quedaré mudo, yerto;
 y si hablo, tengo por cierto
 que diré mil desatinos.

Quiteria. ¡Por vida de San Lupericio!!!

¡Banquero y tanto temor!

¿Es otra cosa el amor
 que un tratado de comercio?

Ya que es usted tan pobrete
 que teme hablar á una dama,
 declare al menos su llama
 con un billete.

D. Fab.

¡Un billete!

Fuerza será, pues la adoro...

Mas no sé de qué manera...

¡Billete de amor...! Si fuera
un billete del tesoro...

Y ello, al fin, es necesario...

¡Oh! al secretario diré

que lo ponga. ¿Para qué

mantengo yo un secretario?

El no es tan corto de genio

¡y escribe con un primor...!

Hágame usted el favor

de llamar á don Eugenio.

ESCENA IV.

DON FABRICIO.

Yo ignoro esos embolismos

de sol, aurora, Parnaso...

y en vez de flores acaso

la escribiría guarismos.

Pero si la viuda hermosa

no es á mi pasión ingrata

y á mi favor se remata

una finca tan preciosa,

yo hallaré entonces camino

de salir de mis casillas

y sabré hacer maravillas

sin ayuda de vecino.

ESCENA V.

DON FABRICIO. DON EUGENIO.

D. Eug. La doncella perdurable
me ha dicho que usted me llama.*D. Fab.* Sí; tenemos que poner
dos letras...*D. Eug.* ¿Para la Habana,
ó para Amsterdam? ¿A plazo,
ó á la vista?*D. Fab.* No se trata

de letras de cambio ahora.

D. Eug. ¡ Ah ! ¿ Pues de qué ?

D. Fab. De una carta...

D. Eug. ¿ Carta-orden para algun
corresponsal ? El de Málaga...

D. Fab. No es eso.

D. Eug. ¿ Carta de pago...

D. Fab. No señor. Si usted se lo habla
todo... Es mas árduo el asunto.
La carta es para una dama.

D. Eug. Entiendo. Es corriente. Alguna
recomendacion...

D. Fab. ¡ Caramba...!

¿ Quiere usted callar y oir ?
Tanta viveza me mata.

D. Eug. Diga usted , pues.

D. Fab. Digo yo
que me han taladrado el alma
los ojos de una muger.

D. Eug. ¿ Enamorado ? ¿ Qué lástima !

¿ Enamorado un banquero !

Usted va á arruinar su casa.

D. Fab. Esa no es cuenta de usted.

D. Eug. Tengo ley á quien me paga.

¿ Es acaso la viudita...

D. Fab. La misma que viste y calza.

D. Eug. Entiendo. La compra usted
con la hacienda como carga
de justicia , como censo
redimible...

D. Fab. ¡ Otra bobada !

Ni la condesa es cupon
negociable , ni en las arcas
de Hamburgo y de Filadelfia
hay oro con que comprarla.

D. Eug. Segun eso , trata usted
de casarse y ¡ pecho al agua !

D. Fab. Sí señor , y en un billete
quiero declarar la llama
que me devora.

D. Eug. Está bien.

¿ Y pedir su mano blanca
en debida forma ?

D. Fab.

Es cierto.

D. Eug. Corriente. ¿Y usted me encarga...

D. Fab. Si señor.

D. Eug. Pues voy allá.

Eso se hace en dos plumadas.

(*Se sienta y escribe velozmente.*)

D. Fab.

(Tiene mucha espedicion

este mozo. ¿Si se lo halla

todo hecho! Suele meterse

en camisa de once varas,

y pregunta mas que un juez,

y mas que un barbero charla;

pero es honrado, leal

y diligente. ¡Oh! bien gana

sus honorarios. — ¡Demonio!

Su pluma corre que rabia.

¡Eh! no es maravilla. Tiene

aficion á las muchachas,

y me quiere dar ahora

una prueba de su práctica.)

D. Eug.

(*Levantándose.*)

Ya está. Si usted lo permite,

leeré la minuta.

D. Fab.

Vaya.

D. Eug.

(*Leyendo.*)

«Señora doña Isabel

de Grávalos y Peralta,

condesa viuda del Tilo

y marquesa de la Zarza:

muy señora mia y dueña,

si una firma acreditada

es bastante garantía

para una mano en subasta,

endóseme usted la suya

y hará merced señalada

á su atento servidor

que besa sus pies, — Cotanza

y Compañía.»

D. Fab.

¡Qué diablo!

Para escribir de esa traza

no necesitaba yo

de nadie.

D. Eug.

Sigo la pauta

mercantil...

D. Fab. « ¡ Y Compañía ! »

¿ Quiere usted que se comparta
mi tálamo conyugal
entre cuatro camaradas ?

D. Eug. No, señor, pero la fórmula...

D. Fab. ¡ Eh ! no hay fórmula que valga.

Yo negocio de mi cuenta
y riesgo, y quiero en sustancia,
no una carta mercantil,
sino amorosa, incendiaria...
Quiero decir...

D. Eug. Ya comprendo:

como escribe esa canalla
sentimental que no tiene
libro maestro, ni fábricas,
ni almacenes, ni talegas,
ni... Como los hombres que aman
al prógimo.

D. Fab. No. A la prógima...

D. Eug. Pues ; á un prógimo con faldas.

Descuide usted, que en un verbo...

D. Fab. Pondere usted bien mis ansias,

mi fanatismo...

D. Eug. Es corriente.

D. Fab. Para que usted no distraiga

su atencion, le dejo solo.

D. Eug. Bien, bien. Pronto se despacha.

(*Entra don Fabricio en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA VI.

DON EUGENIO.

El buen hombre es tan inepto...

No se le ocurre un concepto

para saludar al idolo

que su pecho cautivó.

¡ Oh cuánta majaderia

á su dama escribiría

si con mi ingenio y mi péndola

no le socorriese yo !

(*Se sienta.*)

Ea, manos á la obra,
 porque estará con zozobra
 hasta que le dé la epístola
 para copiarla despues.

(Escribe y habla alternativamente.)

Y la viuda es linda presa,
 aunque de segunda mesa.
 A mi me altera la máquina
 desde la frente á los pies.

¡Ay cielos, con qué delicia,
 usando de mi pericia,
 lo que escribo para el prógimo
 escribiera para mí!

Mas sin fortuna y sin nombre
 ¿quién se la disputa á un hombre
 que ha ganado haciendo cálculos
 las minas del Potosí?

Y no debo serle ingrato,
 que me da casa y el plato,
 y sin descuentos ni prórogas
 mil realitos cada mes.

No me aconsejes, envidia,
 que cometa una perfidia,
 pues no he de evitar ¡ay misero!
 que el mundo vaya al reves.

Yo soy un dije, un estuche,
 don Fabricio un acebuche,
 pero navega sin brújula
 quien corteja sin metal.

Si á la condesa me acerco,
 puede que me llame puerco,
 y alma de cántaro, y titere,
 y ridiculo animal.

Pero un galan millonario
 que embiste con numerario
 seguro está de esos récipes
 cuando declare su amor.

Todas dirán: ¡qué bendito!,
 ¡qué gracioso!, ¡qué bonito!,
 aunque sea mas cuadrúpedo
 que Nabucodonosor.

ESCENA VII.

DON EUGENIO. DON FABRICIO.

D. Fab. Vamos ; ¿está ya corriente la minuta?

D. Eug. Ahora va el último piropo.

D. Fab. No hay que enfadarse. Escriba usted á su gusto. Yo pasearé.

(Paseándose por la sala.)

(¡Qué gozo

será el mio! ¡Ay Dios, qué triunfo para mi si la condesa me corresponde! En el mundo no habrá mortal mas feliz.

(Se levanta don Eugenio sin verle don Fabricio.)

No olvidaré mis asuntos, que entre ellos y mi consorte dividiré los minutos de mi existencia...

(Al dar la vuelta paseando se encuentra cara á cara con don Eugenio.)

D. Eug. Esto es ; entre Himeneo y Mercurio.

D. Fab. ¡Ah! ¿Está ya?

D. Eug. Si. ¿Leo?

D. Fab. Sí.

D. Eug. Pues escuche usted.

D. Fab. Escucho.

D. Eug. (Leyendo.) «Bella señora mia: ¿me atreveré á ofrecer á usted un corazon que la ama con la mas ciega idolatria? ¿Será tanta la bondad de usted que escuse la temeridad de mi pretension en gracia de la pureza de mi cariño? Cualquiera que sea su resolucion, no crea usted que presumo deslumbrarla con mis grandes riquezas. Solo fundo mi esperanza en el sincero y firme propósito de merecer á fuerza de rendidos obsequios y entrañables adoraciones que no se arrepienta usted un dia de haber concedido su mano y colmado con ella la felicidad y orgullo á su tierno amante y respetuoso servidor Q. S. P. B.—Fabricio Cotanza.»

D. Fab. ¡Oh qué bien, qué bien escrita!

El que tal minuta puso
debía estar empleado
en la dirección de estudios. (*Toma el papel.*)

D. Eug. ¡Bagatela! Cuatro frases
de rutina. Yo las zurzo
cálamo corriente.

D. Fab. (*Leyendo y comentando.*)

«Bella
señora mía:» — Dos puntos.
¡Bien! — «¿Me atreveré á ofrecer...» —
¡Soberbio! Se lo pregunto;
es decir que no me atrevo
á atreverme.

D. Eug. Es un recurso
oratorio-epistolar.

Por no empezar *ex-abrupto*.

D. Fab. «En gracia de la pureza
de mi cariño...» ¡Oh, muy puro!
Sí, sí; ¡nada de contratas
clandestinas!

D. Eug. Sin escrúpulo
puede leer una monja...

D. Fab. «No crea usted que presumo
deslumbrarla con mis grandes
riquezas.» — ¡Bien! — «Solo fundo
mi esperanza en el sincero...»
¿Sincero, ó sincero?

D. Eug. El uso
autoriza ambas leyendas,
mas yo no admito el esdrújulo.

D. Fab. «Que no se arrepienta usted
un día...» Es usted muy ducho...

D. Eug. ¡Eh! Yo...

D. Fab. «De haber concedido
su mano...» Aquí me insinúo...
¿Eh?

D. Eug. ¡Pché...!

D. Fab. «Y colmado con ella
de felicidad y orgullo
á su...» etc. ¡Magnífico!
Esto es escribir con pulso
y con... ¿Eh...? Venga un abrazo.
(*Le abraza.*)

D. Eug. (¡Qué guapote!) Estoy confuso.
¡Si eso no vale...

D. Fab. Desde hoy
señalo á usted treinta duros
al mes...

D. Eug. ¡Señor don Fabricio...!

D. Fab. Sobre su sueldo, y le apunto
dos acciones en mi empresa
de conduccion de besugos.

D. Eug. ¡Señor... Es usted el hombre
mas campechano del mundo.

D. Fab. (Yendo á la mesa.)
Voy, voy á copiar la carta
volando... Papel de lujo.

D. Eug. (Dándole papel.)
Tome usted. ¡Dicto?

D. Fab. No, no.
Yo solo...

D. Eug. Pues no interrumpo.
(Paseándose.)

(Así, teniendo delante
el borrador de mi puño,
cometerá menos faltas
de ortografía. — Ya junto
diez y nueve mil doscientos
reales de sueldo seguro,
saneado, y — ¡friolera! —
interesado en el lucro
del pescado trashumante
sin riesgo de mi peculio;
¡participe lego...! Es ganga.
Si nos protege Neptuno,
á la vuelta de dos años
hago un fortunon absurdo.)

D. Fab. «Fabricio Cotanza.» — Polvos. —
(Cierra la carta.)

Oblea. — El sobre, y concluyo.
(Mientras pone el sobre.)

Ahora, señor don Eugenio,
suplico á usted, si no abuso
de su bondad...

D. Eug. ¡Abusar!
No, por cierto.

D. Fab. (Levantándose y dándole la carta.)
Que dé curso

al espediente.

D. Eug. Corriendo.
(Yéndose.)

(La comision no es de mucho
lucimiento que digamos,
mas ¿qué se ha de hacer! Es justo
complacer á un principal
que paga con tanto rumbo.)

ESCENA VIII

DON FABRICIO.

¡Eh! Ya está echada la suerte. —
Yo no sé... Me tiembla el pulso...
Segun estoy de convulso
parezco un reo de muerte.

ESCENA IX.

DON FABRICIO. QUITERIA.

Quiteria. ¿Está escrito ya el mensaje?

D. Fab. Sí; pero...

Quiteria. ¿Qué agitacion!

D. Fab. Siento aqui, en mi corazón
una especie de... agiotage...
¿Cómo saldré de esta feria
que tanto me compromete?
Si protesta mi billete,
soy hombre al agua, *Quiteria.*
Ya lo lleva el secretario... —
No me llega la camisa
al cuerpo.

Quiteria. Muy bien.

D. Fab. A guisa

de correo extraordinario...
Mas si lo rasga indigesta
con orgulloso desprecio...

Quiteria. No tal.

D. Fab. Y un «váyase el necio

noramala » es su respuesta...

Quiteria. ¡Pobre hombre, que ni una letra sabe de achaques de amor!

¿Pues ignora usted, señor, que audaces fortuna... *ecetra?*

Por ser yo cuando muchacha

tan tímida como bella,

¡soy ahora una doncella

de esta fecha y de esta facha!

D. Fab. De placer di yo señales
cuando vi escrita la carta,
y ahora el temor me coarta
los sentidos corporales.

ESCENA X.

DON FABRICIO. QUITERIA. DON EUGENIO.

D. Eug. ¡Albricias!

D. Fab. ¿Tomó...

D. Eug. Tomó...

D. Fab. ¿La carta?

D. Eug. La carta.

D. Fab. ¿Cómo?

D. Eug. Con la mano.

D. Fab. ¡Ba! ¡Qué plomo!

¿Sin ceño?

D. Eug. Sin ceño.

D. Fab. ¡Ah!

D. Eug. ¡Oh...!

Cuando rompió el sobrescrito

se puso como un carmin.

D. Fab. ¿Pero la leyó?

D. Eug. Hasta el fin.

D. Fab. Ya; ¿y si...

Quiteria. ¡Calle usted, bendito!

D. Fab. ¡Ay alma!, no te arregostes
tan pronto...

Quiteria. ¡Si es cosa clara...

D. Fab. ¿Qué cara puso...

D. Eug. Una cara...

de Pascua de Pentecostes.

D. Fab. ¡Oh...! ¿Y qué dijo?

D. Eug.

Diga usted,

dijo con tono propicio,
á mi señor don Fabricio...

D. Fab. ¿Qué?

Quiteria. ¿Qué?

D. Eug. Que... ¿Qué sé yo qué?

D. Fab. ¿Cómo...!

D. Eug. Si usted me escuchase...

Su agitacion era tanta
que fue á hablar, y en la garganta
se le estacionó la frase.

D. Fab. ¡Pero acabe usted, por Dios!

D. Eug. Al fin dijo, y yo colijo
que lo dijo con...

D. Fab. ¿Qué dijo?

D. Eug. «Ya nos veremos los dos.»

D. Fab. ¿Con que quiere hablar conmigo?
Esto es ya dar esperanza
á mi afecto...

Quiteria. ¡No, que es chanza!

D. Fab. Y animarme...

Quiteria. ¡Vaya!

D. Eug. ¡Digo!

Quiteria. Redoblar conviene ahora
las finezas, los extremos...

D. Eug. Dice bien.

D. Fab. Si, si. ¿Qué haremos?

Las riquezas de Basora...

D. Eug. Nada que humille su orgullo.

D. Fab. Es verdad. Dádivas, no. —

Pues... Discurra usted, que yo
con el placer me aturullo.

D. Eug. ¿Qué se yo? Obsequios, loores...

Usted no sabe hacer versos

y yo los hago perversos...

En el jardin ya no hay flores...

D. Fab. ¿Quién pudiera, hermosa dama,
trasportar aqui el teatro

del Principe, y otros cuatro,

y el Circo, y el Diorama;

y á la Grisi y á Rubini,

y á Lablache y Tamburini,

y á Donizzetti y Bellini,

y á Mercadante y Rossini!
Quiteria. Sí; ¡la música... Delira
 por la música: es su encanto
 y siempre está con el canto:
 tararira, tararira.

D. Fab. También á mí me arrebató
 la música... ¡Oh, qué oportuna
 idea! Tendremos una
 especie de serenata.

D. Eug. ¿Cómo...

D. Fab. Alguna cantinela...
 ¿Eh? No da mas el pais.
 Un desierto no es Paris.
 ¿Eh...? ¿Trajo usted la vihuela?

D. Eug. Sí, pero...

D. Fab. Nada; no admito
 reflexiones. El jardin
 está convidando... En fin...

Quiteria. ¿Que viene!

D. Fab. (A don Eugenio.)

Vámonos.

(A Quiteria.)

¡Chito!

(Vanse, cerrando la puerta del foro.)

ESCENA XI.

QUITERIA. LA CONDESA.

Quiteria. (Trae la cartita en la mano.)

Condesa. Quiteria, somos felices.

Se ha explicado don Fabricio.

Quiteria. ¿Cómo...?

Condesa. En un billete humilde

me declara respetuoso
 el amor que le desvive,
 y con tal delicadeza,
 con tal discrecion me pide
 la mano, que es menester
 tener entrañas de tigre
 para darle calabazas.

Vamos; parece imposible
 que tan primoroso escriba

un hombre que apenas dice:
«buenos días...»

Quiteria.

Con usted
enmudece y se reprime,
porque es muy modesto y teme
soltar algun *lasus linguae*;
mas ahora hablando conmigo...
de usted se entiende; esa efígie
no se aparta un solo instante
de su corazon sensible,
me decia... ¡maravillas!

Condesa. ¡Qué escucho! Y parece un simple...

(*Oyese un prelude de guitarra.*)

¡Calle! Toca la guitarra

allá... ¡Y usted se sonrie!

¿Será cosa...

(*Abre la puerta del foro y aparece entre los árboles don Eugenio con la guitarra.*)

Quiteria. (Con misterio.)

¡Chis...! Oigamos.

(¿Quién de los dos será el cisne?)

Condesa. Como el jardin está oscuro,
el bulto no se distingue.

D. Eug. (Cantando.)

«¡Ay, que en tus ojos me quemo
como incauta mariposa!

¡Ay, no seas tan hermosa,

ó ten de mi compasion!

¡Ay, de mi amor no te ofendas

aunque lo declare en vano,

y no exijas de un cristiano

que muera sin confesion!»

Condesa. ¡Divinamente! ¡Qué voz!

¡Qué buen estilo!

Quiteria. ¡Sublime!

(*Desaparece don Eugenio.*)

Condesa. ¿Será él?

Quiteria. ¿Quién ha de ser?

Sé yo que es famoso tiple.

Condesa. ¡Eh! ¡Si es tenor...

Quiteria. Con efecto;

tenor. Eso es lo que quise

decir yo.

- Condesa.* Y usted ¿de dónde sabe...
- Quiteria.* Contándome chismes me lo ha dicho su criado.
- Condesa.* No tuve el gusto de oírle hasta ahora. ¡Filarmónico! Eso basta á decidirme...
- Quiteria.* ¿Qué hace usted que no contesta á su carta?
- Condesa.* Así lo exige la cortesía...
- Quiteria.* El amor. Déjese usted de perfiles.
- Condesa.* Mas prefiero contestarle verbalmente.
- Quiteria.* ¿Quién lo impide?
- Condesa.* Creo, además, que ya es hora de que ese galán se explique de viva voz, que si aspira á mi mano y la consigue, no es cosa de establecer correos que comuniquen las caricias del marido á su dulce esposa, y viceversa, como si estuvieran uno en Londres y otro en Chile.
- Quiteria.* Ea, pues voy á llamarle, y si usted me lo permite, le diré que usted desea...
- Condesa.* Que cuanto antes se termine el asunto...
- Quiteria.* ¿De la boda?
- Condesa.* De la quinta.
- Quiteria.* (¡Qué melindres!)
(*Va al jardín, aparece don Fabricio y hablan aparte.*)

ESCENA XII.

LA CONDESA.

Veremos si se enmienda y, mientras nada arriesgo hablando de la hacienda, sabe dar otro sesgo

á la conversacion;
 mas si su lengua ahora,
 desairando á su pluma,
 no dice que me adora,
 yo no sé qué presuma
 de ese santo varon.

(*Vuelve Quiteria con don Fabricio y se retira por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA. DON FABRICIO.

D. Fab. (Turbado.)

Me han dicho que usted tenia...
 que usted me hacia el honor
 de llamarme...

Condesa. (Está cortado.)

Si; hora es ya de que los dos
 nos arreglemos...

D. Fab.

¡Ah! si;
 eso... A eso venia yo.

Condesa. Si le gusta á usted la hacienda...

D. Fab.

¡Oh! la hacienda es de mi flor,
 pero la dueña... Esa si
 que vale mas que el Mogol,
 y mas que Mégico, y mas
 que mi fábrica de Alcoy,

Condesa.

(Ya se va esplicando, pero
 en estilo tan ramplon...)

D. Fab.

¡Lisonja? La luz del sol
 me falte, y váyase á pique
 mi corbeta de vapor,
 y no haya este año merluza,
 y quiebre el Banco Español,
 si no es usted para mi
 objeto de devocion
 como el Angel de la Guarda
 ó la Virgen de la O.

Condesa.

¡Jesus, tanta idolatria...
 Eso es ofender á Dios.

D. Fab.

Cada cual ama á su modo,
 señora, y si usted leyó

mi carta...

Condesa. Si. Es muy discreta.

D. Fab. Usted me hace mucho honor, que yo... Pero, en fin, escrito va en ella mi corazón, y será usted una ingrata si sepulta tanto amor y tanta fe en la insondable caja de amortización.

Condesa. (¡Qué mercantil está el hombre! Si me caso con él, ¡oh! me negocia el mejor día en una cotización de la bolsa.)

D. Fab. ¡Calla usted!
¡Eso es decirme que no!

Condesa. Esto es... callar.

D. Fab. Y negarse á toda negociacion...

Condesa. (¡No digo...? Pero tal vez la cortedad, el temor le hacen desvariar.)

D. Fab. Entiendo.

Perdí la prima, y me voy.

Condesa. Pero... ¡escuche usted! ¿Qué prima hay aquí ni qué bordon...

D. Fab. ¡Ah condesa...!

Condesa. Me parece que no soy yo tan feroz...

D. Fab. ¿Qué escucho! ¿Podré esperar...

Condesa. Tal vez... Cuando no me doy por ofendida... ¡Qué linda y qué nueva es la canción con que usted me ha festejado!

D. Fab. Señora, yo...

Condesa. Y como soy tan amante de la música...

D. Fab. (¡Oh quién fuera ruiseñor!)

Condesa. Tiene usted muy buena escuela.

D. Fab. Señora...

Condesa. Y bonita voz.

D. Fab. (¡Ay triste si la desmiento!)

Condesa. Y la cuerda de tenor

- ¡es tan grata...
- D. Fab.* Si, señora.
- Condesa.* ¿Llega usted al sí bemol?
- D. Fab.* Sí... Creo que sí... (Ya brota de mis poros un sudor de tres bemoles.)
- Condesa.* También es muy grande mi afición al canto, y tengo aquí piezas con que podemos los dos lucirnos.
- D. Fab.* ¡Ay Virgen Santa!
- Condesa.* ¡Si canto como un moscón!
- D. Fab.* (Tomando un papel de música.) Vamos á ensayar ahora este duetto.
- D. Fab.* ¡Qué horror!
- Condesa.* Señora, yo francamente, no entiendo el remifasol. Canto... de oído.
- Condesa.* ¿Orechiente?
- D. Fab.* ¡Lástima...
- Condesa.* Si; ¡es un dolor!
- D. Fab.* Aprenda usted con Saldoni el solfeo.
- Condesa.* En eso estoy.
- D. Fab.* Pero, al menos es preciso que otra vez oiga yo al son de la vihuela...
- Condesa.* ¡Qué apuro!
- D. Fab.* Aquella letra de amor.
- Condesa.* ¡Imposible! Estoy muy rónico.
- D. Fab.* Tengo un constipado atroz.
- Condesa.* ¿Ya se hace usted de rogar?
- D. Fab.* ¡Ah...!
- Condesa.* Los cantantes de pro...
- D. Fab.* ¡Condesa... (Malo si canto; y si no canto, peor.) Quisiera cantar, señora, aunque arrojase el pulmon, mas... ¿Quién me mandaba á mi echarla de profesor!
- Condesa.* ¿No quiere usted complacerme!

D. Fab. Yo si...

Condesa. ¿Es esta la pasión
que usted juraba...

D. Fab. Y ¡qué! ¡Solo

se funda en el mi-ré-do

el cariño de un amante?

Pídame usted ¡voto á briós!

mis batanes, mi dinero,

mi sangre...

(*Aparece otra vez don Eugenio preludiando en la guitarra.*)

Condesa. ¡Qué oigo!

D. Fab. (Consternado.) ¡Perdon!

Condesa. ¡Eh! calle usted: ¡no respire...

Toca con mucho primor.

D. Fab. ¡Ah maldito secretario!

¡Cielos! ¿para cuándo son

los panadizos, la sarna...

(*Tose don Eugenio.*)

¡Y va á cantar! Si; esa tos

preparatoria...) ¡Piedad,

piedad, señora...

Condesa. ¡Chiton!

D. Eug. (Cantando.)

«¡Ay, que en tus ojos me quemó» etc.

D. Fab. (De rodillas.)

¡Oh...! Máteme usted, señora.

Hágame usted el favor...

Condesa. (Riéndose.)

¡Eh! Alce usted:...

D. Fab. Soy un falsario,

un embustero, un ladrón.

Condesa. ¡Oh...! Quiere usted levantarse

con mil santos... Ó me voy...

(*Se levanta don Fabricio.*)

¡Quiteria!

D. Fab. Mi secretario

es el que hace la función.

(*Llega Quiteria.*)

Condesa. Llame usted á don Eugenio.

(*Entra Quiteria en el jardín y vuelve al momento con don Eugenio.*)

¡Es donoso el quid pro qué!

ESCENA ÚLTIMA.

LA CONDESA. DON FABRICIO. QUITERIA. DON EUGENIO.

D. Fab. (A don Eugenio, saliéndole al encuentro.)Suelta usted ese guitarro
que me da tanto pesar.

¿Quién le manda á usted cantar...

cuando yo tengo catarro?

D. Eug. (Dejando la guitarra sobre una silla.)

Yo creí... Usted no me dijo...

D. Fab. Su voz de usted era mía,

y ha sido una tontería...

Quiteria. (¡Se nos agrió el regocijo!)*D. Fab.* ¿Tan molesto es el descanso?*Condesa.* (Riéndose.)

¿Luego él ha cantado ahora,

y antes... usted?

D. Fab. Sí, señora;

canté... por boca de ganso.

D. Eug. Mil gracias por la atención.*Condesa.* (No puedo tener la risa.)*D. Fab.* En fin, él dijo la misa,

mas fue mía la intencion.

Quiteria. (¡Pobre hombre!)*D. Fab.* Y mas que me parta

un rayo, quiero decirlo

todo. Tambien ese mirlo

es el autor de la carta.

Condesa. ¿De veras? ¿El la dictó!*D. Fab.* Cabal. Y yo la escribí.*Condesa.* ¿Qué crueldad! ¿Dos contra mí!*D. Fab.* Pues; mi secretario y yo.*D. Eug.* Servidor...*D. Fab.* Sin grande esfuerzo

manejo inmensos valores,

mas para escribir amores

soy un solemne mastuerzo.

La amo á usted y la amaré;

eso sí, y por esa cara

sin pellejo me quedara

como San Bartolomé. —

Pero usted ¡ah! solo piensa

en mofarse...

Condesa. No señor:
al contrario. Tanto amor
es digno de recompensa.

D. Fab. ¡ Ah hermosa...!

Condesa. Y pues ya reputo
infundado mi desden,
razon es que yo tambien
le ame á usted... por sustituto.

D. Fab. ¡ Eh! ¿ Cómo... ¿ Qué formulario
es ese? No entiendo yo...

Condesa. Usted ¿ no me enamoró
por medio del secretario?
Pues á quien asi me quiso
pago yo... con mi doncella.

D. Fab. ¿ Eh?

Condesa. Cásese usted con ella
y salgo del compromiso.

D. Fab. ¡ Señora!

Quiteria. Pluguiera á Dios,
y en tan dulce compañía
¡ qué pronto me aliviaria
del histérico y la tos!

D. Fab. No reina en mi corazon
Quiteria, sino Isabel,
y eso es pagar con papel
que no está en circulacion.
Para obrar de buena fé
y no quedar insolvente,
manda el código vigente
que pague usted... con usted.

Condesa. Bien; yo pagaré...

D. Fab. Y con harta
justicia...

Condesa. De tanto amor
¿ qué pruebas tengo en rigor?
Una cancion y una carta.
Este secretario fiel
es quien escribió y cantó.

D. Fab. Sin duda; mas...

Condesa. Luego yo
debo casarme con él.

D. Eug. (¡ Oh dicha!)

- D. Fab.* ¡ Es una culebra esta muger!
- Condesa.* Pero...
- D. Fab.* ¡ Ingrata!
- Condesa.* Si de justicia se trata...
- D. Fab.* ¡ Basta! Me declaro en quiebra.
(*Se sienta abatido.*)
- D. Eug.* (*En voz baja á la condesa.*)
¡ Ah condesa celestial...!
Crea usted que yo , alma mia ,
á mi amor obedecía
mejor que á mi principal.
- Quiteria.* (¡ Buena está la contradanza!)
- D. Fab.* (*Levantándose.*)
Me aburro , me desespero...
¡ Usted me ha burlado! , pero...
yo sabré tomar venganza.
- Condesa.* ¿ Cómo...!
- D. Fab.* (*Ahora entran los temblores.*)
Si yo no compro esta hacienda ,
es forzoso que se venda
para pago de acreedores.
Yo daba una cantidad
enorme; ¡ medio millon! ,
pero vendida á pregon
no produce la mitad;
y habrá que dar para guantes
sobre perder muchos miles
entre jueces y alguaciles
y músicos y danzantes.
Ahora bien, dueño hechicero;
la finca no es para mí.
- Condesa.* ¡ Qué oigo!
- D. Fab.* Ni un maravedí
doy por ella: no la quiero.
- Condesa.* ¡ Porque no es usted mi esposo
quiere hacerme ese perjuicio!
Yo creía , don Fabricio,
que era usted mas generoso.
- D. Fab.* Pero , olvidando desvios
que mi corazon devora ,
yo pagaré; yo , señora ,
á esa turba de judios.

Condesa. ¿Es posible! ¿Usted...

D. Fab. No es chanza.

Y doy mi oro sin descuento.

Nada de tanto por ciento,

ni recibo, ni fianza.

Condesa. ¡Don Fabricio...!

D. Fab. ¿Cuanto tengo

es de usted.

Condesa. ¡Y mi desden...

D. Fab. Esto hace un hombre de bien.

Así es como yo me vengo.

Condesa. (*Aparte con don Eugenio.*)

¡Ah qué hombre...!

D. Eug. ¡Un estrafalario!

D. Fab. Pida usted; verá cuán presto

la sirvo, que para esto

no he menester secretario.

Si allá, en días mas serenos,

puede usted pagar, me paga;

si no, buen provecho le haga.

El dinero es lo de menos.

Condesa. Yo no gasto tanta calma,

don Fabricio. Ó nada tomo,

ó pago ahora mismo.

D. Fab. ¿Cómo?

Condesa. Con mi mano...

(*Se la da.*)

Y con mi alma.

(*Le abraza.*)

D. Fab. ¡Oh ventura!

D. Eug. (*A Quiteria.*) ¡Me luci!

Quiteria. Hagamos un matrimonio

los dos...

D. Eug. ¿Eh! vaya al demonio

la bruja... (*¡Necio de mí!*)

D. Fab. ¡Qué dicha! No me desprecia

el angel que adoro...

Condesa. ¡Ah! no.

¡Despreciar...! Sería yo

tan ingrata como necia.

D. Fab. Todos los afanes míos

serán colmarte de amores...

aunque no escriba primores

ni cante duos y tríos.

Condesa. Eso no importa...

D. Eug. Cachaza;

que, si fuere necesario,
aquí estoy yo; el secretario...

D. Fab. ¡No! He suprimido la plaza.

D. Eug. ¡Me abandona usted!

D. Fab. No tal.

D. Eug. Pues ¿si me quedo cesante...

D. Fab. Será usted en adelante
mi socio.. corresponsal.

Quiteria. Sí; aquí no queremos árias.

D. Fab. He resuelto, á fé de conde,
que usted se coloquee...

D. Eug. ¿Dónde?

D. Fab. Cerquita de aquí: en Canarias.

(*Al público.*)

Y la comedia acabó,
y un aplauso, si gustó,
pedimos en comandita
la doncella y la viudita
y mi secretario y yo.



Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000358603